

EN LA SIERRA

VIA

EN LA SIERRA

CUATRO días después de mi partida de la ciudad de Méjico para el Territorio de Tepic, había caminado hasta la villa de Ixtlán de Buenos Aires, á donde llegué á la última hora de la tarde. Su espaciosa calle Real se descubre, en toda su prolongación, desde la cuesta de la entrada, lo mismo que todo el caserío, dominado por la iglesia, de torrecilla cónica, y las verdes cumbres que le rodean á distancia. La menuda lluvia que refrescaba el ambiente y empapaba el suelo hacía más melancólica la soledad del lugar....

Preparado por la noche mi viaje á la Sierra Madre, no bien el nuevo día hubo devuelto á la naturaleza sus galas y primor dejé aquella población tranquila, y, en unión de dos guías, volví al camino de la barranca de Mochitiltic, para tomar en mitad de ésta el de la Sierra.

Desde la primera cuesta de Mochitiltic bajamos

en dos horas al pintoresco pueblito de Plan de Barrancas, cuyo caserío, en el fondo profundísimo, cuatrocientos noventa y cinco metros de hondura, se agrupa en medio de platanares y plantíos de cañamiel. Las ondulaciones del sendero nos le descubren con intermitencias, y en cada ondulación se cuelga más la cuesta, ancha, tortuosa, de agudos roquedos, desgastados por el continuo paso de mil arrias. A uno y otro lado, afelpadas montañas se elevan á inmensa altura, y suben por sus rambles grupos de pinos y enebros. Al entrar en la cuesta dominamos las cumbres, y en nuestro lento descenso se nos pierden en el cielo, al paso que podemos seguir con la vista la cinta blanquecina de los arroyos que serpentean en las profundidades.

Caminamos una hora más en el fondo estrecho de la barranca, y vadeamos tres veces un cristaño torrente que corre sonando entre lajas, y convidando con su frescura á descender de la caballería y sumergirnos en el agua.

Orillas del camino se alzan corpulentos jua-nacastles, acacias frondosas y cabañas diseminadas entre platanares, guayabos, papayos y aguacates crecidos en la falda de las montañas. Todo allí es vida, abundancia, reposo, esquividad y poesía.

Junto á una choza aislada á la izquierda del camino, tomamos el de San José, y, dejando atrás el cortijillo de este nombre, empezamos á subir á la Sierra Madre.

Desde sus primeras eminencias me muestran los guías, hacia el lejano horizonte, los más culminantes picos de una larga cordillera, á los que da el velo atmosférico, á tan incommensurable distancia, el aspecto de nubecillas azulinas, y en espantosa proporción imagino entonces lo elevado de aquellas montañas y cuánto hay que caminar para llegar al cabo de tres días hasta su falda.

Avanzamos por la vereda, y, en breve, tendiendo la vista en torno, ya no descubro más que montañas que campean unas de otras, de múltiples figuras: conoidales, morras ó bien larguísimas, dibujando en el azul sus mil curvas y picachos, sus cresterías desnudas y sus melenas silvosas. Enbujamiento de alturas crecidas de arbolados, de enmarañada maleza ó de peñas y camedrios, y de varios colores revestidas: con todos los matices del verde, amarillo, azul y rojo en las cejas, en las laderas, en las barrancas, en las faldas, mezclados con la opacidad de las sombras que proyectan los montes, y con el claro color de las rocas albicantes de que están escarpados.

Levántanse aquí unos sobre otros: allá surgen entre colinas que figuran admirarlos, humilladas por tanta grandeza; adelante se inclinan hacia una sima, como para desplomarse á la profundidad; más allá parece que compiten en elevación y van á acometerse, como rivales que se disputan la supremacía del desierto; yérguense cortados de albarradas que trepan á la cumbre ó se prolongan por los repechos hasta perderse de vista; á su pie blan-

quea el lecho peñasco de los arroyos, ó se hacen algunas planicies; muy lejos se deja ver algún grupo de chozas en la pendiente ó en la meseta de la cumbre.

Vagan las nubes por las montañas: vienen á las faldas, coronan las cimas, se tienden de arriba á abajo, se alargan, se dividen, y sus albos girones, contrastando con el verde de variados matices, brillan al rayo del sol, como si después de la nevada los montes quedasen planteados á trechos por la nieve. A las veces las nubes se concentran y envuelven la Sierra, aciéndola desaparecer: alrededor nuestro apenas percibimos los objetos cercanos, á corta distancia nada vemos, sino el denso cirro-estrato. Desde las cumbres dominantes le contemplamos cubriéndolo todo, figurando inmenso lago albarizo, limitado por el cielo; un mar espumesciente, ó campo espacioso, en cuya dilatada anchura estuviese amontonado el algodón de pingiie alija.

En el augusto silencio de aquellas alpestres soledades, oímos el canto del mirlo en los más encumbrados riscos, el mugir de la dispersa vacada que trepa por los azagadores, medio oculta entre los verbajales; los susurros del viento que estremece las hojas de los robles y el esbelto pinar cimbrenño, y entre la fronda y las esquivas grutas y recodos musita con sonidos misteriosos, como notas de arpa vibrante y melancólica, que salen de lo escondido del bosque, ó voces de deidades silvanas, cuchicheos de hamadriadas; el murmurio de la fuen-

te que borbollonea, del agua rezumada por las rocas, escondida entre gladiolos, que suena como entrecortados gemidos, como queja dolorida, y el estruendo de la que corre saltando por la senda pedregosa, y se derrumba, deshecha en raudales transparentes, hervorosos, entre el verde follaje de altos ribazos, salpicando de coruscante espuma los ciperos y cañerlas silvestres.

La vereda culebrea entre las breñas y malezas de los cerros: ya sube en abiertos zigues zagues, ó se humilla por las laderas; ya desaparece entre las guijas y arenas de un torrente seco, penetra en los cercados de las serranas cortijadas ó se interna entre húmeda grama y espesas arboledas; ya salta por un manantial, se ensancha en las planicies ó se orilla á alguna sima, á cuyo fondo no alcanza la mirada, ni ha llegado el hombre, ni le es accesible, sino desempeñándose, para lo cual basta un movimiento brusco de la caballería, una pisada en falso, la caída de un pelotón de tierra bajo el peso de la bestia; ora corre entre precipicios uniendo dos cumbres distantes, por medio de otra en forma de caballete con dos declivios rápidos, profundos, herizados de peñas, de ortigas y puntosas frángulas; ora conduce al viajero girando en torno de enhiestos montes, de fresca verdura y agradable sombra, poblados de bullangueras aves, surcados de cristalinos venajes y perfumados con los aromas del tomillo, el espliego y el jaral; ofreciendo continuamente á la vista el deleite de perspectivas risueñas.

En lo más hirsuto de aquellas asperezas sentimos la proximidad de sus alimañas. El rastro del lobo y del yaguarate se nos pierde en un torcal ó en la lobreguez selvática, y el de los crótalos en las fisuras de los apiñados berrocales.

A veces vemos lejuelos una montaña elevadísima, allende la cual nada se descubre, y el deseo de descansar de senderos tan abruptos me hace fingir que tras de aquel alto monte habrá una llanada, un valle; que allí terminarán las anfractuosidades. Sigo anhelante por la vereda, quisiera acelerar el paso de la caballería. Antondamos, la dirigimos á la cumbre, trepamos por cien retuertas, y cuando acabamos de subir, próximos á ver hacia la parte opuesta, me parece divisar la descampada llanura, donde poder trotar, galopar y correr, y me preparo á saludar una extensa sementera, un cañaveral de rubios marlos; mas giramos hacia un lado del monte, rodeando su cima, y mi esperanza desfallece. Preséntanse á mi vista un vastísimo horizonte y una conglomeración de montañas multi-formes, como si empezáramos á caminar, como si pisáramos la primera loma de la Sierra. Desconsolado interrogo á los guías cuánto falta para rendir la jornada, y me señalan una cresta lejana, á donde no creo llegar en una hebdómada.

Crece el calor del medio día, aumenta el cansancio, se empina más la cordillera; parece que se forman los montes como escuadrón de gigantes, para impedirnos el paso á una región misteriosa. Deseamos una cabaña donde reposar, y no la hay.

Es preciso atravesar las cumbres que tenemos delante, y andar al tardío paso de la caballería, la que se detiene á cada momento, para colocar bien el casco, como para elegir por dónde haya de pasar, si salvando una piedra, ó rodeando un matojo; levanta la mano para dar el paso, la echa hacia adelante y la retira en seguida, como indecisa en cuál de los dos pasajes que se ofrecen sea mejor, y siempre elige el menos peligroso. Podemos soltar las bridas y confiar en ella.

Cobro ánimos para continuar el camino. Seguimos subiendo y bajando por quebradas laderas, ó osteando las faldas, y al cabo de dos ó tres horas en que me he divertido contemplando la variedad de formas y colores; de vericuentos, despeñaderos, cañadas, tormelleras y escobos; de plantas y floraciones; de insectos terrestres y acuáticos, como las cigarras que aturden con su canto desde el ramaje; las libélulas que revolotean cazando mosquitos nadadores; las argyronetas que corren por sus telarañas tendidas de las yerbas á los remansos, y la epirea, inmóvil en medio de la suya aérea, tejida de mil hebras sutilísimas, formando radios y círculos concéntricos que hacen visos al sol; á la postre, repito, vuelvo á experimentar el cansancio; mas ni alegría renace con una esperanza nueva, más segura más fundada; parece que va á cumplirse luego, que mi deseo no se verá contrariado por otra decepción desesperante. Creo que vamos ya á descansar, y desde nuestro rústico albergue espaciaré mi espíritu, contemplando la

caída de la tarde en medio de la naturaleza desierta, callada, triste, que comunica al alma su melancolía y la paz de su inmensa quietud; en aquel apartamiento de todo el mundo, en aquella soledad sin término, bajo un cielo esplendente, sobre colosales eminencias iluminadas con suaves tintes rosados al reflejar la postrera luz del día que, allá, tras los lejanos montes que tocan en el cielo, se extingue en un incendio en tanto que las sombras vaporosas van invadiendo los planes, las cañadas, las faldas hasta envolver las altas cimas y obscurecer la bóveda infinita.

Ya se columbran en aquella meseta las cabañas. sí, en efecto, es un cortijo, y aun se percibe á algunos de sus moradores en una faena. Nos encaminamos á él, volvemos á atondar, apresuramos la marcha cuanto es posible en tan fragosa senda; avanzamos.....nos acercamos.....tan sólo el guijoso lecho de un arroyo nos separa..... le enfilaremos y, trepando en seguida, aportaremos al fin. La trocha da una vuelta.....nos alejamos un tanto de las cabañas, como para voltear y descender á la arroyada por lo menos escabroso; masvolvemos la espalda á aquel caserío, y seguimos la vereda que se tuerce por opuesto rumbo. Aquel horizonte, vario y siempre igual, me hace pensar en que no avanzamos nada. Vuelvo mi vista en torno, y no hallo más que montañas y montañas en la extensión anchísima que abarca la mirada.

Cuando la noche envuelve aquella soledad, aque-

lla asperza que sorprende y cautiva el alma y los sentidos, desaparecen de la vista los promontorios de peñascos parduzcos, musgosos, los bosques altivos, la vegetación poderosa, opulenta, variada en infinidad de árboles y plantas, desde la tierna camomila que dora los alcores, las leliás que embellecen el sombrío seno del bosque y el meliloto que cubre los balates de la diáfana corriente, hasta el pinar excelso que agita sus pinochas en la región de las nubes. Pasado el día, nada hay alrededor nuestro, sino el solemne silencio, la tenue claridad que desciende de las estrellas, las sombras que se espesan en torno, las negruzcas siluetas de las alturas, semejantes á rimeros de escombros, á gigantescas ruinas de un cataclismo, del incendio de muchas ciudades, ó á estragos de un terremoto, de una erupción volcánica que hubiera desfigurado la tierra, abriendo anchos y profundos abismos, y amontonando en los campos antes cultivados y llenos de caseríos, enormes peñascos altísimos.

Entre aquellas eminencias sombrías y pavorosas me parece que estoy en un mundo deshabitado. Déjanse oír á largos intervalos ruidos extraños siniestros, que se me imaginan aullidos, gritos, gemidos contestados por otros y otros que salen de las concavidades invisibles.

Poco á poco se va elevando sobre la Sierra densa nube que viene á sacarme de las contemplaciones en que absorto se me ha deslizado la mitad de la noche. Repentinamente se deshace en un chaparrón que azota el rostro de los guías fatigados,

quienes por temor á los escorpiones ocultos en las cercas y paredes ruinosas, duermen fuera de la choza, y lo hacen profundamente, bocarriba y mal cubiertos con sus mantas aplomadas. Las primeras frías gotas no los despiertan, y hay que hablarles y moverlos.

Después que ha cesado la tormenta, continúa una lluvia ligera y pausada, y bajo sus gotas tenuísimas emprendo de nuevo el camino con la claridad del día. En las vueltas del sendero dirijo mi vista hacia la hondonada de mi primer albergue entre aquellas montañas, y pronto su tejado ennegrecido, sus hastiales cenicientos y las blanquinosas albarradas de sus anchas corralizas llenas de mantillo y de vacas, se me ocultan entre los cerros y peñascales.

La segunda mañana del viaje atravesamos en canoa el caudaloso río Grande de Santiago, formado en el valle que le da su nombre, del Estado de Guanajuato, por la afluencia del río de Lerma y el de las Lajas. Los guías me cuentan los estragos de esa bravía corriente. Uno de aquellos, viviendo en la costa, fué arrebatado, con su choza de palmeras, por el río crecido que anegaba los campos ribereños, y hubo de salvarse abrazándose á un güñole, que le hería y sangraba dolorosamente brazos y piernas con las puntas de sus ramas. Allí permaneció asido algunas horas, debilitándose y agotándose con el dolor y el esfuerzo, hasta que, menguada la creciente, pudo intentar el vado.

Desde las alturas se columbra el río, cenagoso, turbio, coloreante del barro y las arenas que revuelve y arrastra, ahocinado entre montañas, describiendo las mil curvas de su tortuosa cuenca. Se nos figura muy cercano, cuando aun dista de nosotros algunas horas mortales, tanto más largas, cuanto más pausadamente caminamos por cerros y dilatados lomeríos. Ocúltase á menudo, y le volvemos á descubrir en dirección contraria, y esta ilusión nos hace pensar en que es otro río. En los parajes no ensombrecidos brilla su corriente á la luz limpiísima del sol, pues no es raro que estos días de agosto, de nublados y lluviosos como amanecen, se tornen claros y serenos, resplandeciendo toda la Sierra bañada por los torrentes de lluvia de la noche anterior.

El sol, casi en el zenit, abrasa el paisaje con sus vívidos rayos; de la húmeda tierra asciende un vapor cálido; las plantas, oreadas ya, empiezan á languidecer; los insectos alados zumban en torno de las flores selváticas, en cuyos pétalos brillan aún trémulas gotas; el viento fatigado se adormece entre las frondosidades, y se oye el rumor del río, limpio, sonoro, cadencioso, que sube á las montañas como clamoreo prolongado de muchas y diferentes voces confundidas.

Más de una hora se emplea en bajar desde la cumbre á cuyo pié corre el río, hasta su margen citerior. Viéndole desde la altura, al empezar el largo descenso, se cree que en breves instantes estará uno en la arenosa orilla, y este engaño hace más

sensible la prolongación de aquella empinada ladera, desde donde, en innumerables vueltas cortas, viene el viajero hasta la playa. Fatíganse tanto las caballerías en aquella pendiente, que hay que parar á intervalos, para que tomen aliento. Algunos viajeros, cansados de la postura á que obliga una bajada de tanta inclinación, ó para conservar mejor la caballería, echan pié á tierra y la dejan caminar sola. A la opuesta margen se extiende sobre la falda de la cordillera, una fila de cabañas de gruesas varas y zacate, donde moran los barqueros y pescadores de aquella hermosa pasadera del río.

Para cruzar por éste esperamos en la playa á que se refrescasen nuestros caballos y mulas, y, entre tanto, fueron embarcadas las sillas, maletas y armas. Por no exponernos á que las caballerías impelidas por la corriente al atravesarla, saliesen á gran distancia del punto de desembarco, fué necesaria la pasada de barba. Tirándolas del rouzal cuando ya estábamos en la canoa, se les hizo entrar en el río á uno y otro lado de ésta. Entraron con ímpetu, encabritándose, y nos daban cada aspersion, y hacían zozobrar el hueco tronco de juanacastle en que flotábamos. Ya en el hondo del río, nadaban tranquilamente. Llevadas del ronزال. Hundíanse hasta no vérselos más que el hocico levantado al cielo. Con poderoso esfuerzo sacaban el resto de la cabeza y parte del cuello, y volvían á hundirse. En medio del río, en lo más ímpetuoso, parecía que no el agua, sino las montañas corrían, y que las nubes volaban por el espa-

cio en dirección opuesta á la de las aguas. Poco á poco fueron alcanzando plan las caballerías, hasta que pudieron andar con el agua á los hijares, y, más adelante, salir resoplando y sacudiéndose.

Saltamos en tierra, y las dejamos ramonear en el cercano monte, mientras íbamos á las cabañas. Oíase el palmooteo de las mujeres que hacían tortillas, y el humo azal de los rámujos encendidos en el hogar salía lentamente por los techos de zacate.

Paso del Yesquero es el nombre de aquel sitio fluvial. Por donde cruzó nuestra barca, atravesaba el río, en sus frecuentes viajes desde Aqualulco, el minero que, buscando yesca descubrió, hará ya la centuria, una rica veta argentífera, y llevó para su laborío, á los que fundaron entonces y poblaron el mineral que recibió el mismo nombre de la seca y suave médula de robles y encinos á que debe su origen, La Yesca, villaje serraniego, escondido entre las montañas, cuyos picos vilumbrábamos como nubecillas en el horizonte, el día anterior, al subir á las primeras cumbres de la Sierra.

Por la noche, en un cortijillo llamado La Casa de Teja, que desde una ladería muestra sus cuatro chozas y corralizas, se disfruta de mejor alojamiento que en la primera jornada. Llegamos, y los ladridos de los perros inquietan el caserío; asómanse á las puertas de las cabañas algunos montañeses, suspenden otros que están afuera su faena, para ver llegar ó recibir á sus huéspedes; retiran á los canes que se esfuerzan más y más en ladrar; los guías piden la venia, y dentro del cercado que ro-

de la choza se hace parada y se desensilla. Bajo de una gayola se colocan las monturas y maletas, y damos libertad á las caballerías, las que relinchan, se revuelcan y se sacuden con fuertes estremecimientos, dispersándose en busca de las aguas frescas y la abundosa grama.

En la sociedad amable de aquellos hospitalarios montañeses se vacían las alforjas; se consume el companaje del abasto; se apura la cándida leche, tibia, espumante, olorosa; se saborea el queso de apoyo encellado por la mañana, y se echa en grato pali que un cigarrillo. Al humo del asado, se nos acercan los perros que nos recibieron con ladridos de alarma, y, pacíficos ya, contemplan con ojos inmóviles aquella rústica manjorrada, con cuyas piltrafas se arregostan.

Dentro de la gayola, á donde da acceso una escalera formada de un trozo de roble como de una braza de largo, se adereza mi lecho bien desconsolado, y sobrecogido de un sueño apacible me entrego al descanso.

En mitad de la noche interrumpe mi reposo el viento que zumba afuera y penetra silvando entre los débiles carrizos que forman las paredes de aquel granero elevado, y, como casi todas las noches estivales, se desata una tempestad en las montañas. Me despiertan su estruendo fragoroso el bramido del viento, el estallido del rayo que retumba sonoro y repercute cien veces en el corazón de la Sierra, el ruido de la lluvia que golpea las ríscas cumbres y á torrentes se precipita por las

barrancas, acreciendo los arroyos, cuyo rumoroso curso se oye desde arriba como ruido subterráneo de una cascada de piedras.

Alguna vez la noche nos ha sorprendido en des poblado, y la tempestad se ha deshecho sobre nuestra cabeza, dejándonos empapados y arrecidos.

Vanse perdiendo los últimos resplandores de la tarde, á tiempo que entramos en un sendero tajado en las quebradas pendientes; empieza á soplar viento tempestuoso, mezclado con gruesas gotas, sacudiendo la frondosidad de árboles y plantas, levantando columnas de polvo y extendiendo sobre la empinada Sierra un eapuz obscuro de plumizos nubarrones que corren en tropel despidiendo rayos, y se desata la tormenta con sonante estruendo. Apresuramos el paso de las caballerías bajando por aquel talud estrecho, y, á medida que avanzamos, llegamos á mayor hondura, más arrecian el viento y la desata la lluvia, y más cierra la noche, esparciendo su densa obscuridad, la que se espesa en el sendero, por los ribazos que á uno y otro lado se levantan y los árboles de ramaje adunco, hacia el abismo inclinados. No bien hemos caminado una milla, cuando nos hallamos en plena tiniebla, en medio de montes solitarios, en el fondo de un sendero profundo, sobre bestias cansadas con el caminar del día, resistiendo la tormentosa lluvia y temiendo ser arrollados por la corriente del camino que seguimos, hecho cauce común de tantas avenidas como de los montes cercanos corren por él, arrastrando guijarros y ahondando más el arro-

yadero. Avanzamos con la lentitud consiguiente á las tinieblas, á la lluvia que á torrentes desciende á aquellas hondonadas y á la corriente formada en el elivoso tajo, la que parece arrastrarnos hasta su embocadura, donde uniéndose las cuevas de que bajamos con las á que habremos de subir, se forma un arroyo profundo, poderoso, devastador. No puede uno d. tenerse por temor de ser arrastrado, y teme seguir por lo difícil del camino, por lo clivos del sendero, por el torrente que lo inunda, por la lobreguez de la noche entre aquellas espesuras. Ilumínalas la lumbré viva del relámpago, dejándonos ver aquella anegación general, el torrente por donde caminamos. El rayo con sus incesantes detonaciones amenaza en la hondonada cubierta de altísimo follaje, retumbando con estruendo prolongado en los cóncavos senos de las barrancas, y desgajando algunos encinos. Al brillar el relámpago nos buscamos los compañeros, y nos acercamos unos á otros; á menudo nos hablamos á gritos, para ser oídos en medio del estruendo de la procelosa lluvia, temerosos de separarnos, de que alguno se rezague y vaya á desviarse, caiga de la caballería ó sufra otro contratiempo. Las combadas ramas nos apabullan el sombrero, chocamos con ellas sin poder dirigir la caballería, si no es á la luz de los relámpagos.....

La tarde del tercer día se ve, al fin, la villa de La Yesca, tendida en abierta y profunda hondonada, circuida de cerros altísimos, dividida por un torrente, sobre cuyas altas ribas se levantan, exten-

diéndose por las laderas, las humildes cabañas de tejado, habitación de sus ignorados moradores.

La más alta de las montañas que la abrigan está cubierta de pinos y robledal, y amanece nevada en la crudeza del invierno. En mil retuertas sube á la cumbre la vereda que conduce á Amatlán de Jora, y la más fuerte *remuda* no vence aquella pendiente, sino en medio día de subida y subida que parece interminable. ¡Hermosa mañana la que pasé trepando por la vereda, bajo el ramaje fresco, rumoroso y perfumado, y viendo por donde se abre un poco la espesura, dibujarse en la hondonada, á centenares de metros, el paisaje de la villa!

Viví algún tiempo entre aquellos aldeaniegos de La Yesca, que pasan su existencia labrando en la obscuridad una infecunda mina, cultivando un ingrato *coamil* ó guardando un ganado boyal; y bien pronto llegó el día en que antes del alba, al suave resplandor de la luna, vecina ya al ocaso que permitía distinguir las trochas, abandoné la serrana villa, no sin detenerme á contemplarla por última vez, desde la cumbre coronada de enorme cruz de madera.

Tras largo caminar por la fragosa Sierra, llegamos al Paso del Yesquero. Á la margen del opulento río Grande de Santiago reposé recostado en la finísima arena, bajo de un cobertizo de secas ramas de roble; y después, en una cabaña de la vera citerior, hallamos almuerzo frugal, sazonado con el hambre voraz despertada por el cansancio. Al atardecer, proseguimos la marcha, trepando á La

Mesa, vecina alcarria, donde se hace jornada; y con la aurora continuamos el viaje que había de terminar en silenciosa orilla del mismo río, tan lleno allí de rumores que ensordecen aquella selva montuosa.

Su poético recuerdo me haría trocar de nuevo la cómoda mansión de un segundo piso en el centro del bullicio y tráfago de nuestra gran metrópoli, por una mula ensillada para volver á la Sierra Madre, y en un día de verano, bajo el fuego del sol canicular, subir á las cimas donde se mecen las nubes; penetrar en la sombra eterna de las selvas; aspirar el viento grácil que llega mansamente, susurrando entre los árboles y refrescando los collados; contemplar la noche dormida entre aquel amontonamiento de cumbres, y el alba que colora las crestas rocallosas y matiza la cabellera de los bosques; pernoctar en el recinto del abetal, por mullido lecho y suaves edredones las enjalmas acemilares, y, á la mañana, tras un pesado sueño reparador de las fatigas del camino, volver á los montes, á las cañadas, á los abarrancaderos, á los serranos cortijos, de chozas escondidas en el abra de dos montañas, á la falda de pendiente inaccesible, en el fondo de la salvaje acebeda, y estrechar la mano robusta del montañés que nos sale al encuentro, brindándonos con hospitalidad amable.

¡Oh, sencillos moradores de aquellas montañas, cuánto os he agradecido el descanso disfrutado en la paz de vuestro rústico albergue, la escasa abun-

dancia de vuestra mesa, las noches sosegadas, de dulce sueño bajo vuestro techo.

—:O:—